

Todos esos ensueños de imaginaciones delirantes, todos esos peligros ficticios de los cuales procuraba cada partido arrancar á la

«ma, y tambien á ellos se debe la adhesion de una gran parte del clero al nuevo Gobierno: por fin en todas partes donde han podido ejercer alguna influencia, ha sido esta favorable á la dinastía de 1830. Asimismo han reprobado los Jesuitas del modo mas formal la oposicion que se hacia al Gobierno de julio; «presentando continuamente el acontecimiento de un nuevo régimen como un efecto de la voluntad de la Providencia que se debía respetar, á fin de retraer siempre los ánimos de las luchas de la política para ocuparlos únicamente en la Religión; así es que los realistas que han estado bajo su direccion han abrazado el partido de la soberanía de julio, ó á lo menos han prescindido de sus primitivas opiniones hasta el punto de no considerarlas ya mas que como un recuerdo que no debía ser para ellos en lo sucesivo el principio de ninguna acción política.»

Luego añadía la *Gaceta*:

«Los servicios que los Jesuitas prestaban, tenían algo de tan íntimo y confidencial, que solo podían ser apreciados por un Gobierno personal. Sabían muy bien que la revolución que domina en las asambleas, lejos de serles favorable les era enteramente contraria; pero no trabajaban para ella, ni contaban tampoco con ella en lo mas mínimo. La esperanza que abrigaban los Jesuitas era la misma que decidió al Austria á favorecer el presente orden de cosas; pues pensaban como ella que el nuevo Gobierno fundado en Francia lograría su objeto de proclamarse absoluto, y que entonces se hallaría en el caso de cumplirles las promesas que les hizo en recompensa de sus buenos servicios.»

«De este modo eran los Jesuitas á la vez partidarios de la dinastía y enemigos de los que habían cooperado á su triunfo, aceptando el resultado de la revolución, pero rechazando sus principios: eran dinásticos sin ser revolucionarios. Lejos de esto, eran dinásticos para quitar la dinastía á los revolucionarios, con la condicion de que sería sentada sobre nuevas bases que permitirían recompensar á los Jesuitas los servicios prestados, y ponerles en estado de poder hacer progresar la Religión en Francia.»

«Hé aquí perfectamente explicada la cruzada general que contra los Jesuitas se ha operado en el campo revolucionario. La alarma ha sido tanto mas viva y tanto mas violentos los ataques, en cuanto se ha sabido que no solo debía lucharse con enemigos, sino tambien con competidores.»

Tales son las bases de la polémica sostenida por la *Gaceta* contra los Jesuitas. Lejos de nosotros acriminar las intenciones que Dios solo puede juzgar; creemos no obstante que si el periódico del galicanismo llevó tan lejos las demostraciones de su teoría, fue tan solo por uno de aquellos juegos de imaginación que adoptan no pocas veces los publicistas para dar mas atractivo á su política. En aquellas artificiosas falsedades, solo vió la *Gaceta* un medio para librar á su partido de lo que ella llamaba impopularidad de los Jesuitas. No obstante fracasó su plan de campaña por mas estratégico que fuese; iba nada menos que á presentar á los Jesuitas odiosos á los legitimistas y á los revolucionarios de todos los matices. Denunciaba ante la Europa á los hijos de Loyola como los únicos puntos de apoyo de un Gobierno personal, como los secretos au-

Francia, preocupaban en verdad muy poco la atención pública. El pueblo, que no quería dejarse coger en el lazo como en 1828, procuraba explicarse las causas de aquel rumor producido por la prensa y la tribuna, pidiendo experimentar por sí mismo la acción de alguno de aquellos jesuitas invisibles que se suponía estar sentado en el hogar de cada familia, que se les pintaba como dueños de la fortuna del país y conspirando en la sombra para esclavizarle. El pueblo se mostraba incrédulo á tan extrañas relaciones, y permanecía indiferente á las bastardas pasiones que se procuraba encender en su corazón: en vista, pues, de su desconfianza se resolvió violentar su actitud prudente y reservada por medio de una revolución verificada por todas las notabilidades filosóficas y legislativas.

Apareció á principios del año 1843 una obra que llevaba por título: *El Monopolio universitario, destructor de la Religión y de la Libertad*; cuya obra llevaba el nombre del abate des Garets, canónigo de la metrópoli de Lyon. Nunca recibió quizás el eclecticismo tan rudo golpe; era en verdad una acusación formidable justificada debidamente por todos los documentos comprobantes. Desde el primer momento en que llegó aquella voz de alarma á los oídos del Episcopado, de las familias y de la Europa entera, haciendo comparecer á la Universidad á su vez en el banquillo de los acusados, se juzgó esta mortalmente herida. Era aquella obra una acusación fundada que ponía de manifiesto todas las falsedades, imposturas y herejías de las obras universitarias. Nacida de un pensamiento católico, parecía haber sido inspirada por aquellas palabras de Mr. Dubois, miembro del Consejo de Instrucción pública y director de la Escuela normal: «Nada hay estable, ni nada puede emprenderse de verdaderamente grande, ó mejor nada moral, porque una

xiliares del rey Luis Felipe; lo que era casi obligar á este Príncipe á que les persiguiera solo por probar que no había hecho con ellos ninguna alianza secreta. Imposible es que hayan cabido en la mente de los escritores religiosos semejantes cálculos; solo nos ocupamos de ellos para indicar cuál fue en aquella época la triste situación de la Sociedad de Jesús, á pesar de haberse hallado á cubierto de toda afección y de toda hostilidad política. Contentábase la Compañía con predicar el buen orden, la paz, y con hacer sobrenadar el interés de la Religión entre todas las convulsiones de los partidos. A pesar de todo, se echó mano de aquella prudencia sacerdotal para imputar á la Orden de Jesús ciertos actos cuya imposibilidad era evidente, pero que la sola sospecha podía costarle muy cara.

¹ El *Globo* de 3 de julio de 1828.

«convicción libre no puede existir en un cuerpo como el de la Universidad sin cesar expuesto á refutar hoy lo que profesaba ayer. «Hace ya mucho tiempo que por primera vez fuimos los primeros que con empeño, método y convicción, clamamos contra el monopolio, destructor de toda creencia y de toda instrucción.»

El *Monopolio*, que, como se ve, debió su nombre á uno de los jefes de la Universidad, descubria esta terrible acusación fulminada por el *Nacional* en setiembre de 1842: «La educación dada por la Universidad, decía el diario republicano, es impía, inmoral é incoherente. Renunciamos trazar aquí el cuadro sombrío que tenemos por desgracia á la vista; pero que piensen nuestros lectores un momento en lo que ha hecho el régimen en que vivimos de una gran parte de la juventud francesa, y podrán fácilmente suplir lo que callamos.»

«La educación primaria, de la que es la Universidad responsable, se ha convertido entre nosotros en una escuela de egoísmo y de corrupción prematura.»

Las quejas del *Nacional*, repetidas en los discursos de los diputados radicales y calvinistas, imprimían cierto carácter oficial al *Journal des Débats*. Leíase á 6 de noviembre de 1842 en sus columnas: «La escuela ecléctica es hoy día dueña absoluta de las generaciones actuales; ocupa todas las cátedras de la enseñanza, que ha sabido cerrar á todas las escuelas rivales; imitando en esto la fábula del león, todo lo ha absorbido, lo que es bastante político, pero mucho menos filosófico. El público tiene derecho de pedir cuenta á esa escuela del poder absoluto que se ha tomado sin haberse lo nosotros concedido; ya sabemos que, al obrar así, ha hecho bastante en su provecho; pero ¿qué es lo que hizo en beneficio del siglo? ¿qué es lo que hizo en interés de la sociedad? ¿dónde están sus obras, sus monumentos, las virtudes que ha difundido, los grandes caracteres que ha formado ni las instituciones que anima y vivifica con su poderoso aliento? Es por desgracia mucho más fácil dirigirse estas preguntas que contestar á ellas.»

El autor del *Monopolio universitario* no se había mostrado, sin embargo, tan resignado como el periódico doctrinario. Como él, se dirigía la misma pregunta; pero en las obras de aquellos filósofos que hacían del profesorado un pedestal para llegar á los honores y á las riquezas, encontraba la respuesta que sus cohermanos de los *Debates* no se atrevían á darle. Esta contestación la dió también au-

dazmente Mr. Thiers al *Nacional* en 6 de mayo de 1830, á pesar de hallarse entonces en germen todas esas falsas doctrinas. Ni existía aun promesa alguna de libertad de enseñanza, ni declaración implícita de que el hijo perteneciese al Estado antes de pertenecer á la familia, y sin embargo Mr. Thiers exclamaba: «No creíamos que una corporación que tiene tantos enemigos y cuya existencia es tan precaria, pudiese tener la temeridad de apelar á la discusión para acabar de poner de manifiesto su ilegalidad. Ser monopolizador é inicuo... No tiene tanta fuerza el cuerpo enseñante para poder resistir á la vez tantos abusos.» Mr. Thiers no se conocía á sí mismo, ni mucho menos á la Universidad. Era la Universidad impotente para evitar los golpes de un justador que solo se presentaba al combate apoyado en las blasfemias, textos, proposiciones y teorías de los jefes y principales agregados al cuerpo enseñante. Se acusó á los Jesuitas de Lyon de haber procurado datos al abate des Garets para su obra, y hasta se designó á algunos Padres por su nombre; lo que no era por cierto demostrar de un modo claro y terminante la falsedad de la obra ni destruir ó paralizar su efecto. Los heraldos de la Universidad conocieron muy pronto que seguían una falsa senda, puesto que les era imposible explicar ni mucho menos defender sus tristes doctrinas, por no respetar más bien la libertad humana que las creencias católicas; así es que trataron de eludir la cuestión.

Como en todas las obras en que es la polémica la parte dominante y en que hierve á menudo la cólera en el corazón del escritor probo, se notaban en la presente algunas frases demasiado vivas que perjudicaban notablemente su conjunto sin ofrecer ninguna ventaja real en los detalles. Esas amargas palabras de que la filosofía, la tribuna y el periodismo eran tan pródigos, perjudicaron mucho la citada obra. Se recopilaron todas con afectación, escribiéronse sobre ellas una porción de artículos artísticamente combinados, se las desmenuzó á fin de poder extraerse su amargura provocada por un desbordamiento de principios antisociales, y luego, callando las terribles citas del abate des Garets, se le denunció como un infamador comprado por la Sociedad de Jesús. Como no podían los revolucionarios contestar satisfactoriamente á sus sólidos argumentos, procuraron transformar su pluma en estoque de fanático que atacaba las más puras glorias de la enseñanza. Como era la discusión su arma favorita, emplearon de nuevo los universitarios en su favor el repugnante sistema que empleaba Voltaire contra sus adversarios: es-

«cudaban al Abate la razon y la verdad, se procuró aplastarle bajo el peso de la sátira.

Los profesores del Colegio de Francia y de la Sorbona, que se hallaban desde mucho tiempo en cruda guerra contra la Religion y la Sociedad de Jesús, empezaron de nuevo en sus cátedras y en los periódicos su nutrido fuego de invectivas, sarcasmos y mentiras. Los Sres. Michelet, Libri y Quinet desempeñaron el papel de Pedro el Ermitaño en esta singular cruzada. Perseguia el uno á los Jesuitas con la credulidad de un hombre honrado que ha perdido el juicio; mientras que el otro, refugiado italiano, puso á disposicion de los diarios semanales sus odios antisacerdotales: proscrito él mismo, clamaba por la proscripcion contra algunos ciudadanos franceses que contribuian con el aumento de sus impuestos á pagarle una hospitalidad en extremo pensionada. Solo se propuso el tercero meter algun ruido al rededor de su abandonada tribuna; á este fin colmó de inmerecidos elogios á la juventud de las escuelas que remuneraron sus adulaciones con aplausos convenidos, y preparó cada dia un triunfo á la juventud, á fin de obligarla á que le hiciese una pequeña ovacion. Convirtiósese al propio tiempo en taumaturgo que buscaba una nueva religion en el texto alterado de las Constituciones de la Orden de Jesús. Esos hombres no hablaban ni escribian como retóricos aislados, sino que parecian enseñar en nombre del Estado; el elogio que hicieron de su gloria efimera los periódicos dinásticos contribuyó á acreditar esta opinion. Luego no es como historiadores ni poetas, sino como profesores del Colegio de Francia, que nos conviene juzgar la obra comun que escribieron. Para hacer apreciar debidamente á Mr. Michelet, nos parece el medio mas seguro, natural y concluyente, citar aquí su leccion quinta en la que decia¹: «Ayer todavía, os lo confieso, estaba entregado á mi trabajo entre Luis XI y Cárlos el Temerario, muy ocupado en ponerlos «de acuerdo... cuando oí junto á mis cristales un rumor debido al «vuelo de una gran manada de murciélagos, á cuyo ruido me asomé á la ventana para ver lo que estaba sucediendo. Y ¿qué es lo «que he visto? El caos que tomaba posesion del mundo... y el mundo «que se dejaba arrastrar, el mundo que iba flotando, como sobre la almadía de la *Medusa*, hasta que por último no quiere ya remar, desata la balsa, la destruye, hace señal... ¿á quién? al por-

¹ De los Jesuitas, pág. 187.

«venir? al esquife de salvacion? No, sino al abismo, á la nada. El «abismo está murmurando suavemente: Venid á mí, ¿qué temeis? «¿no veis acaso que no debéis temer, que soy la nada?»

Luego en la leccion sexta añadia dirigiéndose á los Jesuitas¹: «Teneis cuarenta mil púlpitos que haceis hablar de grado ó por «fuerza; teneis cien mil confesonarios desde los cuales agitaís las «familias; teneis en vuestro poder lo que constituye la base de todas ellas; teneis á la madre: el hijo no es mas que un accesorio... «Y qué hará el padre cuando al regresar desesperada á casa se arroje en sus brazos gritando: «¡Estoy condenada!» Podeis estar seguros de que al dia siguiente os entregará á su hijo. Veinte mil «niños en vuestros pequeños Seminarios; doscientos mil que tendréis muy pronto en las escuelas que dirigís! ¡y millones de mujeres que obrarán segun vuestras órdenes!»

Tales eran los principios que permitia el Estado se inculcaran á la juventud católica del reino. Mr. Quinet por su parte, y en la misma época, atacaba tambien sistemáticamente á la Compañía de Jesús; y apoyándose en textos truncados, desfigurados ó falsificados, atacaba los *Ejercicios* de san Ignacio y sus *Constituciones*: «La «vida moral y espiritual, decia², se ve sofocada por esta ley. Ho- «jeadla de buena fe, sin prevencion; preguntaos á vosotros mismos «en cada una de sus páginas si la deseais y si es la palabra de Dios «la que sirve de base á aquel andamio. Para que esto fuese, seria «preciso que el nombre de Dios fuese en él pronunciado, y os afirmo que solo muy raramente se ve en él mentado³; de modo que «el Fundador tiene mucha mas confianza en su industria que en los «recursos del alma; puesto que en esa regla de la Sociedad de Jesús está todo, excepto la confianza en la palabra y el nombre de «Jesucristo.»

Habia alterado Pascal los textos de los casuistas de la Compañía,

¹ De los Jesuitas, pág. 109.

² Idem, pág. 197.

³ Es esta acusacion tan material, que permite hacerse cargo de ella y contestarla. Los editores de la nueva traduccion de las Constituciones de la Orden de Jesús, publicada por Paulin (París 1842), son enemigos de los Jesuitas, y sin embargo confiesan en la página 470 que se cita el nombre de Dios mas de quinientas veces en las Constituciones. A mas de que, en la edicion de Praga de 1757, las mismas Constituciones junto con el exámen general que las precede, ocupan ciento cuarenta y ocho páginas, de lo que resulta que el nombre de Dios se halla repetido cuatro ó cinco veces en cada una de sus páginas.

con lo que produjo una obra llena de refinada malicia. Quiso Mr. Quinet tocar el mismo resorte; pero para hacerse perdonar semejantes supercherías, era preciso el genio y el talento del autor de las *Provinciales*: por desgracia no asistía á Mr. Quinet mas que su buena voluntad. «Veo, continuaba en su leccion sexta¹, largos tratados de filosofía; lo que me llamó la atencion y la curiosidad de «saber lo que seria la filosofía del jesuitismo... Lo que hay de mas «notable en su programa² es la habilidad que se ha de tener en «omitir las grandes cuestiones para no ocuparse mas que en las de «poca monta. ¿ Á qué no adivinaríais lo que está prohibido de tra-

¹ De los Jesuitas, pág. 265.

² Las ordenanzas de que sacó Mr. Quinet tan raro partido han sido estudiadas por nosotros con tanto cuidado como puede haber puesto él mismo; por lo tanto no nos será difícil corregir los errores en que ha incurrido el docto universitario.

Habíanse quejado algunos Padres de la Sociedad en las octava y nona Congregaciones generales de que algunos profesores de filosofía se separaban de sus programas, ora tratando ciertas cuestiones pertenecientes á la teología, ora perdiendo el tiempo en entablar discusiones inútiles sobre sutilidades y argucias de escuela. La Compañía de Jesús, que no era tan tolerante como el Colegio de Francia, no permitía á sus profesores la divagacion, sino que queria que cada uno de ellos se constriniera al plan de su curso, á fin de que todo tendiese al objeto comun. La novena congregacion, celebrada en 1649, invitó al P. Piccolomini, posteriormente general, á que remediara el mal haciendo observar á los profesores estrictamente su programa. En su virtud dirigió Piccolomini en 1651 á los superiores la ordenanza en cuestion que tanto se complace en desnaturalizar Mr. Quinet; la cual está insertada en el Instituto á continuacion del *Ratio Studiorum*, y vamos á demostrar de qué modo ha sabido Mr. Quinet alterarla.

Estas palabras: *Questiones de Deo... prætereantur*, son extraidas de la regla segunda del profesor de filosofía (*Instit. Soc. Jes. t. II, p. 194*), y en esta fórmula casi atea, *deben omitirse las cuestiones referentes á Dios*, de la que se hace una arma poderosa la ecléctica universitaria, se lee en el texto original: «Al tratar de Dios y de las inteligencias en la metafísica, debe prescindirse «de las cuestiones que dependan en todo ó en gran parte de la revelacion.» En cuanto á la acusacion de *no permitir detenerse en la idea del Ser mas que tres ó cuatro dias*, adoptó tambien Mr. Quinet el mismo sistema de sustraccion. En el estatuto del P. Piccolomini no consta *idea Entis*, la idea del Ser solamente, sino el Ser ó ente de razon, *Ens rationis*, lo que constituye la mas notable de las diferencias; porque el Ser es Dios, y el ser de razon es una de las sutilidades escolásticas de que se valian los filósofos de la edad media.

El texto relativo al silencio sobre la idea de la sustancia ha sido sometido á las mismas mutilaciones que los precedentes; pero nosotros lo insertaremos entera y fielmente: «Que los profesores no traten de la sustancia ó Ser sobre-

«tarse en la filosofía del jesuitismo? Primeramente debe tratarse «lo menos posible de Dios, y hasta abstenerse de hablar de él en «parte alguna. *Questiones de Deo... prætereantur*: no deben dete- «nerse en la idea del Ser mas que tres ó cuatro dias. En cuanto al «pensamiento de la sustancia, no debe tratarse de él absolutamen- «te, *nihil dicant*; sobre todo debe evitarse tambien el tratarse de los «principios, y en particular abstenerse en todo, *multo vero magis «abstinendum*, de ocuparse en nada del origen, de la libertad y de «la eternidad de Dios.

«¡Que nada digan! ¡que nada hagan! Palabras sacramentales que «se repiten sin cesar y que forman todo el espíritu de este método «filosófico. Que pasen sobre todo sin examinarlo, *non examinando*: «tal es la esencia de la teoría... Concedid por un momento lo que «podia ser esa pretendida ciencia del espíritu mutilada, desposeida «de la idea de causa, de sustancia, y hasta de Dios, ó sea de todo «lo que debia hacer su grandeza.» En todas esas aberraciones de la inteligencia universitaria, que sublevaban las pasiones en los bancos del colegio de Francia, hubo para los espíritus rectos algo de triste y profundamente desgarrador, por no poder menos de deplorar aquel abuso de la ciencia y de la palabra¹ que el Gobierno no

«natural, de *substantia vel Ente supernaturali*, cuando explicarán el predicamento de la sustancia.»

En estilo escolar, esta palabra predicamento tiene el mismo sentido que la de categoría.

La última recomendacion de Piccolomini relativa á los *principios*, no ha sido mas feliz bajo la pluma de Mr. Quinet. Léese en el estatuto: «Que el director «de estudios vigile en gran manera sobre los principios y las causas, á fin de «que los profesores no entren en la cuestion de principios y esencia divinos.» Lo que es simplemente prohibir á los regentes de filosofía natural inmiscuirse en cuestiones teológicas y sobrenaturales respecto á la santísima Trinidad. Todas las demás citas de Mr. Quinet descansan sobre la misma base; pues todas ellas se refieren á este precepto general que obliga á los profesores de filosofía á no usurpar el dominio de la teología: «*Ne ad ea tractanda digrediantur quae «theologici instituti propria sunt.*»

¹ Mr. Lherminier, profesor tambien en el Colegio de Francia, formó en la *Revista de ambos mundos* de 15 de octubre de 1843, un juicio imparcial sobre sus dos colegas: «Podemos, dice en la página 182, hablar con toda libertad de «los Jesuitas, y de los Sres. Michelet y Quinet. La publicacion ha logrado «su objeto; el golpe ha sido bien dirigido, tal vez demasiado: los dos autores «no se admirarán que al defender los mismos principios, la libertad del espíritu humano, no participemos de todas sus opiniones.

«Al entrar por vez primera Mr. Michelet en la polémica, se ha lanzado á

trataba de reprimir, y que era causa de que todos los universitarios del reino se lanzaran á la arena. Daban al público sus nombres ignorados y sus escritos mas desconocidos aun que sus nombres; sin em-

« ella con el mayor empeño y ha empezado á luchar con una animacion enteramente extraordinaria. La vivacidad de sus exclamaciones, la franqueza de sus « hipérbolos, y todo hasta su desordenado estilo, manifiestan su sinceridad y « convicción; pero permítanos decirle que ni la naturaleza de su espíritu ni la « clase de su talento le permiten dedicarse á la polémica; puesto que para bien « discutir, es necesario menos exaltacion. El espíritu no es verdaderamente po- « deroso en la polémica sino cuando es dueño de sí mismo y de su ardor; los « combatientes bisoños son los que están siempre exaltados; por el contrario el « atleta experimentado permanece tranquilo, aprovecha su tiempo, elige su « terreno y hiere con discernimiento. Finalmente, es tanto mas temible á sus « enemigos en cuanto les concede equitativamente lo que les corresponde, y tie- « ne para con ellos una imponente y magnánima justicia. Al leer lo que Mr. Mi- « chelet ha escrito contra los Jesuitas, vese uno tentado á tomar su defensa: de « seguro no es este el efecto que su contrario ha querido producir... »

« Ahora recuerdo la siguiente frase de Mr. Michelet: « Se ha dicho que defen- « dia, así como se ha dicho tambien que atacaba: pero yo digo que no hago ni « una ni otra cosa... solo enseño. » ¿ Debemos creer esta pretension? Entonces se « veria obligada la crítica histórica á ser mas severa, porque debería exigir al « escritor estrecha cuenta de sus juicios, tan incompletos y apasionados. Se hace « Mr. Michelet una ilusion respecto de las lecciones que ha publicado; pues cree « ser historia, la que es tan solo polémica, y polémica cuyo amor y aspereza le « colocan además en las filas de los mas ardientes adversarios del Catolicismo. » Hé aquí el juicio que hace Mr. Lherminier de Mr. Quinet en la página 184:

« No será en verdad Mr. Quinet el que niegue la polémica en sus notables « lecciones; porque nótese al leerlas que los ataques que han sorprendido tanto « á Mr. Michelet y turbádole en extremo, no han desagradado al autor de « *Ahasverus*. Comprendió desde luego todo el partido que se podia sacar para tra- « tar con aplauso las cuestiones que las pasiones eclesiásticas ponian á la órden « del dia... »

« Ataca Mr. Quinet á los Jesuitas con el Evangelio en la mano: o pone su doc- « trina al espíritu de libertad cristiana, y pide lo que hay de comun entre Jesu- « cristo y Loyola. Con motivo creyó nuestro autor que tendria mucha fuerza al « hablar en nombre de un espiritualismo inspirado por el Evangelio; sin em- « bargo esta situacion, que tenia sus ventajas, no carecia tambien de inconve- « nientes. En efecto, los Católicos contestarán á Mr. Quinet: Hablais como un « protestante, puesto que las mismas razones con que condenais á los Jesuitas « pueden aplicarse tambien á la misma religion católica, á sus progresos, á su « constitucion y al Papado... Colocar á los Jesuitas fuera del Cristianismo es en- « teramente imposible: seria mas bien pensar como religionista, que como po- « lítico y filósofo. »

« Sentimos que no haya Mr. Quinet examinado con mas detencion las Cons- « tituciones de los Jesuitas... Hubiéramos deseado tambien, que al escudarse « con la bula de Clemente XIV suprimiendo á los Jesuitas, hubiese examinado

bargo la prensa les tejia desde luego una corona mural; siendo con- siderados como eminentes escritores por el solo hecho de reproducir con lenguaje violento é incorrecto hasta en la parte gramatical los infantiles apóstrofes de Estéban Pasquier, las elocuentes acusacio- nes de los Arnaldos y las espirituales calumnias de Pascal.

Atacábase á la Orden de Jesús, y no se tardó en envolver al Epis- copado en el mismo ataque. El Clero y las familias cristianas recla- maban en alta voz la libertad prometida, mientras que la Revolu- cion y la Universidad les contestaban con injurias ó con amenazas de un eterno despotismo. El Episcopado, los padres de familia, los Je- suitas exponian, no obstante, sus quejas con menos aspereza que el diputado radical Mr. Ledru-Rollin; puesto que no decian co- mo él en enero de 1844: « ¿ Puede haber mayor tortura para el hom- « bre que la opresion de su conciencia, la deportacion de sus hijos « en escuelas que considera como puntos de perdicion, y que esa « conscripcion de la infancia arrastrada violentamente en un campo « enemigo y para servir á los contrarios? » Tambien Lamartine, el protestante Agenor de Gasparin, los publicistas y los periódicos tu- vieron el derecho de atacar la esclavitud intelectual que hacia pesar el eclecticismo sobre la Francia; solo se privó de este derecho á los pastores de las almas y á los sacerdotes á quienes estaba confiada la mision de enseñar, cuando acusaban mas bien con dolor que con compasion. Pues bien, á esos hombres, cuyas virtudes son una de las principales glorias de la nacion, quisieron los folletinistas de la Universidad predicarles la moral en sus folletos inmorales. En el fondo de algunas obras latinas destinadas á revelar á la pureza del sacerdote los crímenes ó los vicios que debe combatir en el tribunal de la Penitencia, hallaron una imágen obscena que les hizo lanzar

« Mr. Quinet las causas que obligaron al Papa á dar aquel gran golpe de Esta- « do, que no tardaron en deplorar los hombres mas eminentes y fieles apoyos « de la Iglesia. Sin recorrer á testimonios católicos, no titubea en su imparcia- « lidad Juan de Muller, historiador protestante, en terminar el capitulo que « consagró á la corte de Roma y á la Compañía de Jesús con estas palabras: « Todos los hombres sensatos se convencieron de que con los Jesuitas cayó tam- « bien la única barrera necesaria y comun á todos los poderes ¹. » Hay en todo esto un cúmulo de consideraciones políticas cuya ausencia sentimos notar en los calurosos arranques de Mr. Quinet. »

¹ *Historia universal* de Juan de Muller, lib. XXIII, c. 9 de la edicion alemana de 1817. Tubingue.

gritos de risible pudor, como si la lujuria se desbordara á torrentes de la enseñanza teológica.

Era aquel un combate sin fin por haber tomado parte en él los amigos de la Religión y de la Sociedad de Jesús con tanto empeño y talento, que no bastaron á hacerles desistir de su laudable intento todos los sarcasmos de la Revolucion y de la impiedad. También los Prelados militaban á su frente, y como los Jesuitas no hubiesen tomado hasta entonces parte en la querrela, se les señaló como directores de los Obispos y de la prensa religiosa. Pretendíase por los universitarios que estaban dispuestos los Prelados á inmolar las libertades de la Iglesia galicana á los pies del Soberano Pontífice, el cual había llegado á ser para los católicos de la Universidad un príncipe extranjero. Afirmábase además que la Francia entera pasaría bajo el yugo de Roma, y que el complot del ultramontanismo y del oscurantismo eran obra de los Jesuitas. Dejaban los discípulos de Loyola, durante este tiempo, formarse la tempestad sobre su cabeza, admirándose desde sus retiros de París y de provincias de la omnipotencia que se les atribuía: llegaron por último las cosas hasta tal punto, que creyeron los jefes del Instituto deber dar una explicacion pública.

Había entre ellos un orador cuya voz poderosa era de todos conocida, y que con sus leales y ardientes inspiraciones había excitado á menudo en las almas sentimientos de admiracion y de respeto. El P. Javier de Ravignan fue el encargado de demostrar al mundo lo que era en realidad el jesuita. Su palabra resonaba en los templos fecundizando en todas partes los gérmenes de salvacion; también su nombre en una ocasion solemne resonó en la Academia francesa, siendo justamente honrado por el canciller de Francia. El 8 de diciembre de 1842, dia de su recepcion en la Academia, como sucesor del Obispo de Hermópolis, supo el duque Pasquier, descendiente de Estéban Pasquier, desechar el papel de acusador sin pruebas que hallaba en sus tradiciones de familia; y en el momento en que los poderes del Estado en union con los escritores irreligiosos arrojaban cada cual su piedra para derribar la Compañía de Jesús, honrábala Pasquier en uno de sus miembros.

«Fue, decia hablando de Frayssinous, consagrado en Issy, y el «primer uso que hizo, al bajar del altar, de los derechos que el «Episcopado acababa de conferirle, fue tonsurar á un jóven neófito «que era desde mucho tiempo objeto de todos sus cuidados, al cual

«dirigió tiernas y proféticas palabras, en vista sin duda de su vocacion pronunciada, puesto que renunciaba, para seguirla, á una «carrera en la que sus primeros pasos habían sido señalados por «los mas brillantes resultados: tal era el abate de Ravignan.

«Hé aquí que en el mes de febrero de 1839 y cuando monseñor el «Obispo de Hermópolis, encorvado ya bajo el peso de los años, aun- «que rebotando siempre en él esa vida que solo se adquiere por «medio de las facultades del alma, apareció en la misma iglesia de «Nuestra Señora, do se hallaba el Arzobispo, un orador cuya voz, «desde que la suya había dejado de hacerse oír, tuvo la facultad de «conmover las almas y arrastrar las convicciones con un poder tal, «que ningun otro orador quizás ha poseído nunca en tan alto gra- «do: ese orador que parecia haber heredado todas sus dotes era el «neófito de Issy, era el abate de Ravignan, al cual consagró en 1822. «Su apostolado había pasado sin duda á su discípulo; admirable su- «cesion, provechosa á todo el mundo, y en la que la dicha del que «la recoge solo puede ser comparada con la felicidad del que la «transmite.»

Mucho mayores eran aun que aquel los triunfos que ya en otras ocasiones había obtenido el jesuita Ravignan en Nuestra Señora de París. El 16 de abril de 1843 había visto, como ve cada año en la fiesta de Pascua, una multitud de hombres de todas clases y edades, confundida en la verdadera igualdad cristiana, acercarse al altar, desde el cual su voz inspiraba á tantos corazones el sentimiento católico, haciendo vibrar santas palabras, sobre todo cuando exclamaba: «Esa multitud apiñada junto á la cátedra de la eterna verdad, «bajo estas antiguas bóvedas, es la protesta mas enérgica que pue- «de hacerse contra el filosofismo del siglo XVIII.» Hé aquí cómo el *Globo*, periódico ministerial, ponderaba la victoria del Jesuita: «Imposible parece haberse repetido tantas veces que la reli- «gion católica es la religion de los débiles, de los ignorantes, de los «ancianos. Todas estas objeciones caen por sí mismas ante la mul- «titud que se apiñaba ayer en la antigua basilica; porque aquellos «hombres piadosamente reunidos allí eran militares, hombres de so- «ciedad muy conocidos, miembros del Instituto, dignatarios, mé- «dicos, alumnos de la Escuela politécnica, cursantes de medicina y «jurisprudencia, discípulos de la Escuela normal, etc. En una pa- «labra, había allí reunida la juventud estudiosa, á la cual no se ne- «gará probablemente ni el saber ni la inteligencia, así como tam-